

DIALOGO CON

ANIBAL PONCE

ENTREVISTA DE
RAFAEL HELIODORO VALLE

La leyenda de la Argentina como tierra de promisión hace mucho que ha pasado, pues hay problemas que la identifican con otros países de esta América que empieza a comprenderse, a descubrirse.

Francamente antifeudal al principio, liberal después, "lo argentino" vive ahora dentro de la aspiración del socialismo el momento contemporáneo.

En Argentina hemos estado siempre en contra de la España feudal; pero ahora comenzamos a ver a España como un símbolo de la tragedia humana que nos conturba.

"Don Segundo Sombra", de Ricardo Güiraldes, no es el libro de auténtica argentinidad, como muchos han creído, sino un libro que pone de relieve la sumisión del gaucho y, por lo mismo, lleva en su entraña las esencias de un falso nacionalismo. En sus páginas hace alardes un gaucho apócrifo que ha sido fabricado a gusto de las clases explotadoras.

Bien pueden desglosarse de la entrevista que he tenido con Aníbal Ponce, mi nuevo amigo argentino, estas afirmaciones que son directrices categóricas de su pensamiento. Ponce ha definido con toda claridad su posición en estos instantes en que el escritor, el pensador, el catedrático, se han dado cuenta de que tienen una responsabilidad terrible, como orientadores, como intérpretes de la idealidad, jugándose el inmediato futuro halagüeño, distanciándose del que los consideraba su posible aliado, diciendo la palabra interdicta.

Ha llegado de la Argentina este hombre de impetuosa jovialidad, de templada emoción, y no podíamos dejar de escucharle, porque si hay una tierra por la cual tenemos un interés hondísimo, un cariño acrisolado en llama azul, es la Argentina, nuestra Argentina.

Hemos iniciado la conversación en torno a dos libros que interesan a Ponce, apenas llega a México, en su afán de irse orientando para conocer el panorama social y económico y las dos interpretaciones que de él se han hecho, en estos dos libros: el de José Vasconcelos y el de Alfonso Teja Zabre.

—No acierto a comprender —le digo— por qué Vasconcelos, que durante su labor al frente de la Secretaría de Educación fue quien más exaltó los valores del indio, no para resucitarlos, sino para utilizarlos en la construcción del México nuevo, declara ahora en su "Breve Historia de México" que ésta no empieza hasta que llegan los españoles y que antes no hay indicios de civilización, sino "una multitud de tribus separadas por ríos y montañas y por el más profundo abismo de sus trescientos dialectos". Esta cifra, que no sabemos dónde la encontró Vasconcelos, será fundamental cuando se trate de organizar las rectificaciones que su libro exige. ¿Y los monumentos que dejaron en Yucatán y que siguen siendo el asombro de una muchedumbre de hombres de estudio, de aquí, de allá, que no creemos que se hayan puesto de acuerdo para decir que son admirables?

—Exactamente, muy bien—contesta Aníbal Ponce—. En Argentina hemos tenido algunos grupos de indios, sin importancia cultural, y esto explica por qué nosotros seamos sordos al problema indígena que tanto preocupa a otras naciones americanas. No lo conocemos en toda su amplitud. No nos damos cuenta. Sólo al venir a México nos enteramos. La mayoría de nosotros somos euro-argentinos.

Y sin negar las crueldades de la expansión hispánica en América, que está subrayada con toda claridad en escritores españoles que no son apasionados como Las Casas, podemos llegar al acuer-

do de que la conquista fue más violenta en México que en otros países del hemisferio —los del Río de la Plata, por ejemplo— por la simple razón de que había aquí una organización social y económica más compacta.

—En Argentina, los indios supervivientes fueron exterminados en la llamada “expedición al desierto”, del general Roca. El pretexto fue la expansión de la cultura; el motivo real fue quitarles las tierras.

—Yo he leído el libro en que se habla de los indios ranqueles, por el general Mansilla.

—En realidad —añade Ponce— se trataba de unos pobres indios con escasas industrias. Indios “malones”, efectivamente, algunos de ellos; pero los más se dedicaban a sus tierras. En “Martín Fierro” un hermoso capítulo les está dedicado. Donde hay más densidad de población india es en Paraguay y Bolivia. La inmensa mayoría es allí de indios y mestizos pero en Argentina, el blanco, el descendiente de españoles y de italianos, es el predominante

—He visto un trabajo admirable de Fausto Burgos, sobre la industria textil indígena en el Norte argentino. Es algo tan revelador de las posibilidades que brindan la técnica y el fino gusto de esos indios, que no puede menos que recordarse también la monografía sobre los tejidos del Perú, que fue editada por d'Harcourt, en París.

—Los indios del Norte estaban más evolucionados que los del Sur. Sus motivos decorativos y sus telas han empezado a explotarse en Buenos Aires.

—Hace poco he leído también un estudio de Antonio Serrano sobre la etnografía de la antigua provincia del Uruguay, que me parece muy bien, sobre todo por lo que se refiere a la cerámica. Por supuesto que ésta nunca en la calidad y cantidad de la peruana o la mexicana.

Hablamos en seguida de las restricciones que la emigración europea tiene ya en la Argentina. Y Aníbal Ponce me informa:

—Se ha reducido mucho, muchísimo, desde hace algunos años. Se teme la llegada del obrero con clara conciencia de clase. La leyenda de la Argentina como “tierra de promisión” hace mucho que ha pasado. Nada más que en la provincia de Santiago del Estero, cincuenta mil campesinos llevan una vida completamente nómada. Sin tierras, sin hogar, se ven obligados a deambular buscando trabajo en las zonas agrícolas o en la zafra vecina.

—¿Cree usted que haya un tipo argentino? ¿Cree usted que “lo argentino” ya es algo específico?

—Se puede decir que existe un tipo: el porteño. En Salta, en La Rioja hay mestizos de indios. En Buenos Aires se ve gente totalmente distinta, de raza blanca pura, y de escasa o nula simpatía por lo español castizo. Y es que todos los porteños auténticos han hecho su educación en el espíritu de Francia, puede decirse que desde su primaria. Que eso sea una cosa postiza, no lo creo. Hay afinidad entre el espíritu porteño y el francés. Hay antipatía entrañable por ese estilo frondoso y tropical que tanto cunde en América, y contra el cual el porteño está en guardia. Creo en la realidad de lo argentino. Pero si por lo “argentino” se quiere designar algo “esencial”, y por lo tanto, fijo e invariable, yo no creo en lo “argentino”, como no creo en “lo francés” o en “lo español”. Si por el contrario se designa con esa fórmula el conjunto de aspiraciones, caracteres e ideales que van adquiriendo hegemonía, según las épocas, reconozco sí que “lo argentino” tiene una realidad auténtica y ciertos caracteres específicos.

Y Aníbal Ponce, al llegar a este punto, desenvuelve su pensamiento así:

—Desde los últimos tiempos de la Colonia, “lo argentino” se definió contra el feudalismo español como una aspiración de la joven burguesía a realizar entre nosotros el liberalismo de la Revolución Francesa. Frente a la cruda realidad de la Argentina de entonces—predominantemente latifundista y feudal—la joven burguesía, briosa pero débil, no pudo imponer de ninguna manera su programa. Y aunque logró sancionar una constitución muy siglo XIX, su primitivo impulso se detuvo en una alianza con los grupos feudales. A pesar de eso, la influencia del liberalismo francés, a través de sus escritores selectos—desde Voltaire a Anatole France—configuró de tal manera “lo argentino” que le dejó huellas profundas. Sin ningún mestizaje negro, con muy escasa mezcla indígena, el argentino injertó en “lo español” del virreinato lo mejor de la influencia francesa.

—Me parece muy interesante esta observación de usted. Es evidente...

—Sí, tan evidente lo que le digo que aun los escritores argentinos que con posterioridad trataron de reivindicar a la España feudal—unánimemente repudiada entre nosotros por los valores más

representativos, desde Mariano Moreno hasta José Ingenieros—dieron el ejemplo extraordinario de un “españolismo” que había pasado primero por París.

—¡Parece usted referirse a Larreta!

—Efectivamente, es lo que ocurrió con “la gloria de don Ramiro”, curioso “pastiche” que se proponía resucitar el alma y el lenguaje españoles del tiempo de Felipe II y que resultó una novela escrita en un idioma que no existió jamás. Porque si bien es cierto que si se examina la novela, palabra por palabra, se la encontrará de un casticismo raras veces traicionado, no es menos cierto que la construcción de las frases, la arquitectura del libro y los modelos que lo inspiran, revelan en su autor esa poderosa influencia francesa que tanto ha intervenido en la elaboración de “lo argentino”.

—Pero esa situación se ha modificado, ¿no es así?

—Desde el año de 1930 hasta hoy, las cosas, realmente, se han ido modificando. La burguesía nuestra, liberal en los comienzos, se ha ido haciendo cada vez más reaccionaria. Aliada de los imperialismo inglés y yanqui, que la incorporaron a su influencia, ha renunciado al programa democrático que agitó en otro tiempo contra los grupos latifundistas y feudales. En colaboración con estos últimos, fue iniciando una política que ha llevado al país hasta la actual situación de vasallaje. Contra esa actitud, los obreros, los estudiantes y los intelectuales de la pequeña burguesía—cada vez más proletarizados—han retornado a la fuerte tradición de “lo argentino” antifeudal. Claro está que en sus manos, semejante argentinidad no puede ser un fin en sí mismo, sino una etapa previa hacia “lo argentino socialista”, que vendrá después. En este sentido, la Revolución Rusa es para los argentinos de hoy lo que fue la Revolución Francesa para nuestros bisabuelos.

—¿Y el matiz adverso a lo español? Porque lo que algunas gentes llaman “pochismo” en México, es posible que sea una demostración de que el español trata de ejercer supremacía, de imponerse. Así como en el siglo XVI los españoles decían “Temistitán” cuando oían “Tenochtitlán” hoy dicen los que lo hablan al otro lado del Bravo “marqueta” en vez de “market”. Y esto es esencia de lo español. Alguna vez nos interesamos por aquella discusión que trataba de averiguar si el meridiano de las letras pasaba por Madrid o por Buenos Aires...

—No me parece que sea cuestión de palabras más o menos. Es evidente que en el español que el argentino habla hay muchas, muchísimas palabras que le repugnan, que le parecen ridículas y que nunca empleará. Si por excepción las usa, lo hace siempre con sorna. Aquí he oído elogiar a Capdevila. Y bien, su prosa artificiosa, nada tiene que ver con lo argentino.

—¿Usted cree que Capdevila sea el polo opuesto de Güiraldes?

—Güiraldes fue un escritor que viajó mucho y que escribió sobre diversos temas, sin lograr ninguno. Como hijo de estanciero, sólo sentía de veras la realidad de la “estancia”. Es la que llevó a la más popular de sus obras, novela de innegable valor estético, aunque de claro sentido reaccionario. Es una exaltación del gaucho sumiso y trabajador, que vive feliz con su miseria y que obedece ciegamente al amo.

—¿Se refiere usted a “Don Segundo Sombra”?

—Sí, “Don Segundo Sombra” es un libro de derecha, en el que se exaltan las “virtudes” del gaucho manso, el que carece de la conciencia de clases del colono extranjero; el gaucho que conviene al estanciero, pero que casi podemos decir que ya no existe.

—Como la china poblana, que ya va siendo cosa de teatro, de cine, de carnaval.

—Los gauchos que quedan, empiezan a darse cuenta de sus derechos. Llega hasta ellos un reflejo de la ideología revolucionaria del proletariado mundial.

—De manera que “Don Segundo Sombra” ha tenido un gran éxito entre cierto público, nada más.

—Por motivos diversos, el éxito ha sido unánime. Pero quienes más le han prodigado alabanzas fueron los grandes diarios representantes del capital, porque no es más, como le digo, que una exaltación del gaucho viejo que se desearía siguiera siendo así. Seré más explícito: ese libro corresponde, por su atmósfera social, a la etapa postrera de la burguesía entre nosotros. Al comienzo de su lucha antifeudal, la burguesía atacó al “gaucho” como exponente de la incuria, la ignorancia y el fanatismo que reinaba en las “estancias”. Terminar con el gaucho superticioso y haragán y reemplazarlo por el colono extranjero, más trabajador, más culto, más progresista, fue el programa de Sarmiento y de Alberdi, como el de todos los ministros liberales que siguieron sus huellas. Pero tan pronto comenzaron,

a principios del siglo XX, las primeras huelgas obreras y las primeras inquietudes en el campo, la burguesía se alió al feudalismo y empezó a suspirar por aquel "gaucho" ignorante, mucho más conveniente para sus negocios que el colono menos inconsciente que lo reemplazó. En ese momento apareció un movimiento de idealización de lo gauchesco con "El Payador", de Lugones, que vino a rematar dentro de las nuevas corrientes falsamente nacionalistas con el "Segundo Sombra", de Güiraldes.

—Pero para muchos, ese es el gaucho auténtico, el gaucho superviviente.

—Quiero insistir en que fuera de su valor estético, la novela es una exaltación del gaucho tal como a los "estancieros" les conviene. Después de explotarlo durante siglos, y de mantenerlo expuesto en la sumisión y la miseria—ellos dicen, en "el estoicismo" y en "la sobriedad"—le cantan ahora que comprenden que las actuales masas campesinas—colonos extranjeros e hijos de extranjeros, casi todos—comienzan a despertar y a ver más claro.

—Según usted, entonces, el libro de Larreta tiene también significación político-social.

—Larreta hizo su aparición en el momento en que España tomaba otros caminos en América. Hasta fines del siglo XIX, España se había venido manteniendo hostil a sus viejas colonias de América; pero hacia el 98, cuando el desastre de Cuba, le pareció con razón que esas mismas colonias "desagradecidas", eran excelente mercado para sus productos y sus capitales, y entonces empezó a hablarse de los "hijos de España", de "la Madre Patria", de...

—Y surgió Darío hablándonos de los "cien cachorros del león español".

—Así se fue creando un ambiente cultural propicio a los intereses españoles. Y fue entonces cuando se fundaron los múltiples institutos hispanoamericanos, exactamente como más tarde las "culturales" inglesa, alemana, yanqui y japonesa. Al mismo tiempo, surgían ideas antidemocráticas, y corrientes neocatólicas, que se reflejaron diversamente en "El Embrujo de Sevilla", "El Solar de la Raza", etc.

—Pero no cabe duda que lo español no era solamente un motivo del interés económico, sino que había algo más trascendental en el fondo.

—Contra la España feudal hemos estado siempre. Comenzamos a volver a España cuando Joaquín Costa dijo que España tenía que europeizarse. Alguna vez declaró Unamuno: "¿Qué mandamos nosotros a la Argentina, si hay que esperar que Argentina nos mande a nosotros?" Probablemente Unamuno extremó un poco, con sus habituales exageraciones de polemista, porque el caudal cultural de España es inmenso; pero, en el fondo, Unamuno tenía la razón. De cualquier manera, su "boutade" hizo un escándalo famoso.

Y como surge en la charla—inevitablemente—el nombre prócer de Alberdi, yo pregunto:

—¿Cree usted que Alberdi y Sarmiento son los que han expresado mejor la argentinidad?

—De acuerdo con lo que le he dicho ya, no lo creo. Intérpretes ambos de la burguesía argentina en su etapa liberal, fueron excelentes en nuestra lucha contra el feudalismo poderoso aún en la Argentina. Pero resultan evidentemente insuficientes en la actual etapa de la revolución agraria y anti-imperialista; y totalmente superados desde el punto de vista de la revolución socialista. El mismo José Ingenieros, que interpretó, hasta hace pocos días, las exigencias más radicales de la pequeña burguesía argentina, ha quedado ya a las espaldas como un precursor magnífico que recogemos con orgullo en nuestra herencia cultural; pero cuya ideología no podemos mantener. Francamente antifeudal en los comienzos; acentuadamente liberal después, "lo argentino" vive ahora dentro de los ideales del socialismo el actual momento del rama humano.

—¿Y qué caracteres, a su juicio, lo distinguen?

—He señalado ya la influencia enorme de la cultura francesa. Contra "lo español" feudal—católica y grandilocuente—esa influencia le ha dado a lo "argentino" un amor de la claridad y la medida, de la sobriedad y del buen gusto, que se advierte con facilidad en los mejores escritores, especialmente en los porteños.

—¿Entre Sarmiento y Alberdi, cuál tiene para usted más dimensiones?

—Alberdi tenía, indudablemente, más disciplina universitaria; pero Sarmiento era más genial. Alberdi trataba los temas económicos con los números a cada costado, dando la impresión de un hombre que no da un paso sin prever, sin haber calculado ampliamente antes, con la pericia de un técnico. Sarmiento pensaba por intuiciones y por relámpagos, con más anchura cordial, con más generoso arrebato.

Después de hablar de la reforma universitaria argentina, que se inició en la ilustre ciudad de Córdoba y de discurrir sobre diversos temas de la Argentina actual, que tanto nos interesa en México, por múltiples razones obvias, evocamos la obra realizada por los Pen Clubs en Buenos Aires, recientemente, y haciendo resaltar algunos de los aspectos más singulares de aquella conferencia, Aníbal Ponce hace un ágil comentario sobre cada una de las personalidades que participaron en ella, elogiando mucho los discursos de Romain y Ludwig, sobre la libertad como indispensable para la cultura.

—¿Y Alfonso Reyes?

—Es un espíritu muy amplio, muy comprensivo, muy sutil. Yo no hubiera venido a México si él no me hubiera dado todas las facilidades que me dió. Reyes tiene grandes simpatías en Argentina.

—¿Y Palacios?—inquiero al preguntar por el famoso líder socialista, a quien conocimos en México hace algunos años.

—Palacios cada vez más a la derecha. Ya no cuenta en el movimiento de la izquierda. En alguna ocasión hasta dijo que había que cerrar de una vez el libro de Marx... Palacios ha perdido totalmente su influencia entre la juventud, que sabe ahora mucho más que él en lo que se refiere a cuestiones sociales. Es actualmente senador, pero no ha sobresalido por su labor en el Senado. A medida que pasan los años se vuelven más notorias sus "poses" de tenor de teatro de verano.

—¿Cómo ve usted desde México el panorama continental?

—Hispanoamérica—me dice Ponce—presenta, con la única excepción de México y la casi excepción de Colombia, un panorama en verdad desolador. Dictaduras reaccionarias—francas algunas, embozadas otras—han suprimido ya hasta los más elementales derechos democráticos. Desde la Venezuela de López Contreras, hasta el Brasil de Vargas, y desde el Perú de Benavides, hasta el Uruguay de Terra, sólo se ven por ahora dictadores al servicio incondicional del feudalismo criollo y de las burguesías entregadas a los grandes consorcios imperialistas.

Aníbal Ponce habla así, sin tapujos, diciendo con altanera sencillez su palabra valiente. Luchador insobornable que ha sumergido su inquietud en ricas experiencias ganadas en libros y viajes, catedrático que se ha señalado por su actuación insurgente, renovadora, tiene los recursos de un estilo que le permite interpretar las novedades de su mundo interior y ser un hombre profundamente identificado con la tragedia de nuestro tiempo. En su producción resaltan estudios y conferencias que es deber enumerar: "La Vejez de Sarmiento", "Sarmiento, Constructor de la Nueva Argentina", "Ambición y Angustia de los Adolescentes", "De Erasmo a Romain Rolland", "Problema de Psicología Infantil", "La Gramática de los Sentimientos", "Educación y Lucha de Clases" y "El Viento en el Mundo". Algún tiempo fue crítico literario de la revista "Nosotros", de Buenos Aires, y director de "Dialéctica" y la "Revista de Filosofía" (en colaboración con Ingenieros), y más tarde director fundador del Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, presidente del Congreso Contra la Guerra Imperialista, y presidente fundador de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores.

Con esas credenciales se nos presenta el universitario argentino, a quien México tiene en su casa, ansioso de hacer una interpretación inteligente de la realidad que hoy lo circunscribe y que ha de brindarle fructuosos días y júbilo de la acción en el otoño del ensueño.